

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 182

LA UNIVERSIDAD

Bertrand Russell
1872-1970

*Bertrand Russell (nació en Trelleck , Gales, el 18 de mayo; murió en Perhyndeudraeth, el 2 de febrero) recibió en 1950 el Premio Nobel de Literatura. Prolífico autor, su producción es amplísima en los campos de la matemática, la filosofía, la pedagogía y la literatura. Su actitud ante la resistencia no violenta al armamentismo y la organización, en 1953, de movimientos en contra de la amenaza de una posible guerra nuclear, fueron motivos que lo llevaron a la cárcel en más de una ocasión. Algunas obras de su autoría, son: **Los principios de la matemática** (1903), **Los problemas de la filosofía** (1912), **Introducción a la filosofía matemática** (1919), **Historia de la filosofía occidental** (1945), **Sociedad humana: ética y política** (1945-1946), **Ensayos sobre educación** (1960), **Investigación sobre el significado y la verdad** (1962).*

Hemos estudiado la educación del carácter y de la inteligencia, que en un sistema social justo debieran estar al alcance de todo el mundo y ser aprovechadas por todos, excepto en casos tan especiales como en el de un genio musical. (Hubiera sido una desgracia haber obligado a Mozart a que estudiase lo que se estudia en las escuelas hasta la edad de dieciocho años). Pero aun en una sociedad ideal, yo creo que habría muchos que no pasarían por la Universidad. Estoy convencido de que actualmente tan sólo una minoría de la población puede beneficiarse con una educación escolástica prolongada hasta los veintiuno o veintidós años. Tenemos, pues, qué preguntarnos cuáles son las normas de selección para los que debieran ir a las Universidades. En la actualidad el principal principio de selección es el económico, aun cuando se está modificando notablemente por el sistema de becas. Es indudable que el principio de selección debiera ser educativo y no económico. Un muchacho o muchacha de dieciocho años que ha recibido una buena educación escolar, es capaz de realizar un trabajo útil. Si se le exige de él durante un periodo de tres o cuatro años, la sociedad tiene el derecho de esperar que su tiempo estará empleado provechosamente. Pero antes de decidir quién debe ir a la Universidad, debemos tener

alguna idea acerca de la función de la Universidad en la vida social.

Si la ciencia pura ha de sobrevivir como una de las finalidades universitarias, habrá que relacionarlas con la vida de la comunidad como un todo, y no sólo con los placeres refinados de unos cuantos caballeros ociosos. Para mí la cultura desinteresada tiene una gran importancia, y quisiera que en vez de disminuir aumentase su puesto en la vida académica. Tanto en Inglaterra como en América, lo que más ha contribuido a su disminución ha sido el deseo de obtener dotaciones de millonarios ignorantes. El remedio consiste en la creación de una democracia educada, deseosa de gastar el dinero público en cosas que nuestros capitanes de industria son incapaces de apreciar. Esto no es imposible en modo alguno, pero exige una elevación general del nivel intelectual. Esto sería mucho más fácil si nuestros hombres cultos se emancipasen más frecuentemente de su actitud de dependencia de los ricos, actitud que han heredado de una época en que los señores eran su fuente natural de subsistencia. Es posible, desde luego, confundir la cultura con los hombres cultos. Para poner un ejemplo imaginario, un hombre culto puede mejorar su posición económica enseñando a fabricar cerveza, en vez de química orgánica; con ello sale ganando él, pero la cultura pierde. Si los hombres cultos tuvieran un amor más genuino a la cultura, no estaría políticamente a merced de un cervecero que crea una cátedra de fabricación de cerveza. Y si estuviera al servicio de la democracia, la democracia estaría más dispuesta a comprender el valor de su cultura. Por todas estas razones, yo desearía que los organismos de cultura dependiesen del erario público más bien que de las fundaciones de los ricos. Este daño es mayor en América que en Inglaterra, pero existe en Inglaterra y puede aumentar.

Dejando aparte estas consideraciones políticas, yo quiero dar por supuesto que las Universidades existen con dos finalidades: primera, para educar hombres y mujeres para determinadas profesiones, y segunda, para fomentar la cultura y la investigación sin tener en cuenta la utilidad inmediata. Quisiéramos, pues, ver en las

H

Junio 10 de 2004

Academia de Humanidades FES-Acatlán

Universidades a los que han de practicar esas profesiones y a los que poseen las aptitudes especiales que les han de capacitar para ser útiles en la investigación y en la cultura. Pero esto no decide por sí mismo cómo ha de hacerse la selección de hombres y mujeres para las distintas profesiones.

En la actualidad es muy difícil hacerse médico o abogado, a menos que los padres tengan una cierta cantidad de dinero, porque la educación es costosa y los ingresos no aparecen inmediatamente. Como consecuencia, el principio de selección es social y hereditario, no la aptitud para el trabajo. Tomemos como ejemplo la medicina. Una sociedad que quisiera tener médicos eficientes seleccionaría para el estudio de la medicina a los jóvenes que demostrasen más inteligencia y aptitud. En la actualidad este principio se aplica parcialmente, seleccionando entre los que pueden pagar sus estudios, pero es muy probable que muchos de los que podrían ser los médicos mejores sean demasiado pobres para ir a la Universidad. Esto implica una deplorable pérdida de talento.

El principio hereditario ya no existe para el Gobierno, pero perdura en muchos otros aspectos de la vida. Dondequiera que existe, es tan ineficaz como lo era en los asuntos públicos. Debemos reemplazarlo por dos normas correlativas: primera, que no se debe permitir a nadie emprender un trabajo de importancia sin la aptitud necesaria; segunda, que esta aptitud debiera proporcionarse a los más capacitados que lo desearan, con absoluta independencia de los medios de fortuna de sus padres. Es evidente que estas dos normas aumentarían enormemente la eficacia.

La educación universitaria debiera, pues, considerarse como un privilegio para aptitudes especiales, y los que las poseyeran debieran ser sostenidos durante sus estudios a expensas públicas. Ninguno debiera ser admitido sin pruebas previas de aptitud, y a nadie se le debiera permitir que continuase sus estudios sin demostrar ante las autoridades competentes que estaba haciendo buen empleo de su tiempo. La idea de la Universidad como un lugar de lujo donde los jóvenes ricos holgazanean durante tres o cuatro años, está muriendo, pero como Carlos II, tarda demasiado tiempo en hacerlo.

Hay que tomar en cuenta un aspecto de mucha importancia. Todo profesor de Universidad debiera ser investigador y disponer de energía y tiempo suficientes para saber lo que se ha hecho acerca de su especialidad en todos los países. En la enseñanza universitaria ya no es tan importante, la aptitud pedagógica; lo importante es el dominio de una especialidad y el conocimiento de lo que se ha hecho acerca de ella. Esto es imposible para quien está abrumado de trabajo y con los nervios deshechos por la enseñanza. Su especialidad puede llegar a hacérsela odiosa y sus conocimientos es casi seguro que queden reducidos a lo que aprendió en su juventud. Todo profesor de Universidad debiera tener un año sabático (uno por cada siete) para pasarlos en Universidades y centros extranjeros enterándose de lo que se ha hecho fuera de su país. Esto es corriente en América, pero los países europeos tienen mucho orgullo intelectual para admitir que sea necesario. Están equivocados.

Hay en las Universidades una cierta oposición entre quienes conceden importancia primordial a la enseñanza o a la investigación. Ello es debido, casi exclusivamente, a una equivocada concepción de la enseñanza y a la existencia de muchos estudiantes cuya aptitud y cuya capacidad están por debajo del nivel que debiera exigirse a un universitario. La idea del antiguo profesor persiste todavía en cierto modo en las Universidades. Existe el deseo de producir un buen efecto moral sobre los estudiantes y el empeño de abrumarles con una información inútil y pasada de moda, a sabiendas de que es en gran parte falsa, pero suponiendo que es de gran elevación moral. No se debiera exhortar a los estudiantes a que trabajaran, pero tampoco debiera permitírseles seguir en la Universidad cuando se demostrara que estaban perdiendo su tiempo por pereza o por falta de condiciones intelectuales. La única moralidad que puede exigirse con provecho es la del trabajo; lo demás es obra de los primeros años. Y la moralidad del trabajo podía imponerse expulsando a quienes no la poseyeran, puesto que, evidentemente, emplearían mejor su tiempo en otra parte. A un profesor no debiera exigírsele muchas horas de enseñanza; debiera disponer de mucho tiempo para la investigación, siempre que lo empleara sabiamente.

La investigación es tan importante como la educación, si consideramos las funciones de las Universidades en la vida de la humanidad. La causa principal del progreso reside en los conocimientos nuevos, y sin ellos, el mundo se quedaría pronto estacionado. Podría continuar mejorando durante algún tiempo gracias a la difusión y el uso más amplio de los actuales conocimientos, pero este proceso no podría durar mucho por sí mismo. El mismo afán de conocimiento, si fuera utilitario, no podría sobrevivir. El conocimiento utilitario necesita fructificar gracias a la investigación desinteresada, que no tiene motivos ulteriores al deseo de comprender mejor el mundo. Todos los grandes procesos son, en su origen, puramente teóricos, hasta que más adelante se les encuentra una aplicación práctica. Y aun cuando haya teorías espléndidas sin aplicación ninguna práctica, conservan su valor en sí mismas, porque la comprensión del mundo es una de las dichas fundamentales. Si la ciencia y la organización consiguieran satisfacer las necesidades fisiológicas y abolieran la crueldad y la guerra, el ansia de conocimiento y de belleza persistirían para lograr nuestro afán de una creación enérgica. Yo no quisiera que el poeta, el pintor, el compositor o el matemático tuvieran que preocuparse del más remoto efecto de sus actividades en el mundo de la práctica. Debieran preocuparse más bien de sus visiones, de capturar y dar permanencia a lo que adivinaron confusamente alguna vez, a lo que amaron más que todos los goces de este mundo. Todo gran arte, toda gran ciencia, surgen del deseo apasionado de dar cuerpo a lo que fue un fantasma informe, una belleza seductora que saca a los hombres de su paz y de su tranquilidad y los arrastra hacia un tormento glorioso. Los hombres a quienes atormenta esta pasión no deben ser aprisionados en las cadenas de una filosofía utilitarista, porque a su ardor debemos todo lo que engrandece al hombre.

Fuente: Bertrand Russell. "La Universidad" en *De educación y otros temas*. Antología en preparación por Sergio Montes García.